

PLUTARCO   2



   SOBRE EL



INCONVENIENTE 



   DE TENER



MUCHOS   



Ariel   AMIGOS

Plutarco

**Sobre el
inconveniente
de tener muchos
amigos**

Edición de
Gonzalo Torné

ariel  Quintaesencia

Primera edición: marzo de 2016
Primera edición en esta presentación: noviembre de 2023

Edición de Gonzalo Torné

© 2016, del epílogo: Gonzalo Torné

© 2016, de la traducción: Marcos Brull

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3692-3

Depósito legal: B. 18.347-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



ÍNDICE

Cómo distinguir a un adulator de un amigo	7
Cómo sacar provecho de los enemigos	81
Consolación a Apolonio	105
Sobre la abundancia de amigos	177
Amigos, público y enemigos, por GONZALO TORNÉ	195
<i>Notas</i>	237

CÓMO DISTINGUIR A UN ADULADOR DE UN AMIGO

1

Querido Antíoco Filópapo,¹ si bien Platón nos ha asegurado que todos están bien predispuestos a perdonar a quien se ama mucho a sí mismo, esta actitud, entre otros males, provoca el mayor de todos: nos imposibilita juzgar con imparcialidad nuestras propias acciones. «Ante lo que de verdad ama el amor se queda ciego»,² con una sola excepción: cuando el estudio nos ayuda a romper la costumbre de querer lo que nos es familiar y bien conocido, y nos predispone a estimar lo que es bueno por sí mismo. Así es como el adulator dispone de mucho territorio fértil donde sembrar sus espinas: sobre el amor que sentimos hacia nosotros mismos puede levantar el campamento base desde el que atacarnos. Pues al ser cada uno de nosotros el primer y mayor adulator de cada uno de nosotros, admitimos de muy buena gana a quien desde el exterior viene a sumarse con el testimonio de sus elogios a nuestras convicciones y anhelos. Aquel a quien se le acusa de dejarse seducir por los aduladores sin duda es el primero en quererse bien a sí mismo, y aliado a su benevolencia ya está convencido de antemano de disfrutar de todas las cualidades; y pese a que reconozco que un hombre puede tener muchísimas cualidades, no está de más recordar que se trata de una creencia arriesgada y que debemos administrar con mucha precaución. Si es cierto, como nos asegura Platón, que la verdad no solo es algo divino, sino también el fundamento: «de todos los bienes que pueden disfrutar tanto los dioses como los hombres»,³ el adulator está en peligro

de convertirse en un enemigo de los dioses, muy en particular del dios Pítio, pues el adulator no puede sino contravenir a cada paso la máxima según la cual lo propio del hombre es «conocerse a uno mismo»; pues el adulator, al inducir a los hombres a engañarse sobre su propia naturaleza, los sumerge en la ignorancia de cuáles son sus virtudes y defectos. Al actuar así está empujando a los hombres no solo a que se precipiten hacia la imperfección, sino que también impide que se corrijan.

2

Si como sucede con muchos otros males el adulator se limitase a ejercer su pésima influencia sobre los hombres indignos y vulgares no sería tan terrible su acción ni tan urgente la conveniencia de atajarlo. Pero así como la carcoma prefiere penetrar en la madera más tierna y dulce que encuentra, el adulator prefiere alimentarse de los caracteres más virtuosos y honrados, de los espíritus más ambiciosos que encuentra entre los hombres. A estos temperamentos nobles se aferra con fuerza el adulator, de quien puede decirse lo mismo que Simónides aseguraba de la cría de caballos: «que no era amiga de los baldíos, sino de los campos más fértiles»;⁴ así el adulator provoca la desgracia no tanto de los individuos más pobres, débiles y corrientes, sino de las casas más renombradas y de las grandes fortunas, y gusta de precipitarse sobre soberanos y príncipes. Cometeremos un error si consideramos la adulación un ingrediente menor de la amistad, se trata más bien de algo contra lo que es imprescindible precaverse, pues solo cuando hemos detectado su influencia podemos impedir que nos dañe o que nos desacredite al amparo de la amistad. Se sabe que los piojos abandonan los cuerpos de las personas muertas, justo cuando la sangre de la que se alimentan pierde su frescura. Pues de la misma manera es prácticamente imposible sorprender a los adultores interesándose por perso-

nas frías y grises, lo suyo es merodear alrededor de los poderosos y los que se distinguen de la mayoría, y cuando la fortuna de estos se altera y va a peor desaparecen de su lado con tanta prisa como se arrimaron antes.

La experiencia nos induce a pensar que no conviene esperar nada de una relación cuando ya no puede procurarnos ningún provecho, más bien puede resultar peligrosa, y quién sabe si funesta, si la prolongamos. La experiencia de encontrarse rodeado de falsos amigos cuando uno necesitaría su apoyo es penosa, y cuesta mucho esfuerzo cambiar de manera improvisada la presencia de estos amigos sin lealtad por otros sinceros y auténticos. Es imprescindible poner al amigo a prueba antes de que de verdad necesitemos su ayuda, debemos actuar con ellos de manera análoga a como tasamos el valor de una moneda antes de que no nos quede otro remedio que gastarla. Es conveniente reconocer a los aduladores antes de que nos perjudiquen, de ahí la importancia de educarnos para descubrirlos en cuanto se nos acercan, solo así evitaremos que se revelen cuando el daño sea irremediable. No nos vaya a pasar como al boticario que en el trance de instruirse sobre los venenos mortales acabó con su propia vida durante la primera cata.

No podemos elogiar a quienes se dejan seducir por los aduladores, ni tampoco a quienes identifican al adulador con la diversión y al intercambio de favores. La amistad no tiene por qué ser una experiencia agresiva ni penosa, ni la dignifica quien se comporta con un exceso de exigencias y con severidad. Al contrario, la virtud y la dignidad (y hay mucho de ambas cosas en la amistad verdadera) deberían ser algo tan agradable como deleitoso. En palabras de Eurípides:

«Junto a ella han establecido su casa las Gracias y el Deseo»,⁵

pues no solo para quien ha caído en desgracia

«es dulce mirar a los ojos de un hombre amable».⁶

Cualquier hombre que insufla en nuestra vida placeres y alegrías contribuye tanto a nuestro bienestar como aquel que aleja o mitiga los padecimientos y dolores que se siguen de las desgracias o de las dificultades. Incluso dijo que un buen fuego era el mejor de los condimentos para cocinar, y parece que los dioses quisieron que en todo momento el hombre pudiese sentirse querido, y experimentar el calor que irradian la alegría y la dulzura, al mezclar nuestros días con la amistad. Precisamente, es en la medida que la amistad prospera entre los placeres por lo que el adúlador se atreve a acercarse a nosotros seduciéndonos con la promesa de proporcionarnos alegría y deleites. No sé si podré explicarlo bien, pero digamos que así como el oro falso solo puede imitar el brillo y el resplandor del oro de ley, el adúlador se limita a imitar la simpatía y buena disposición del amigo, y se presenta ante nosotros bien alegre y dispuesto, y nunca se opone a nuestros caprichos ni disiente de nuestras opiniones, ni siquiera de las más azarosas ni equivocadas. Mi advertencia es la siguiente: no debemos juzgar de inmediato a quienes suelen elogiarnos como si fueran meros adúladores. Pronunciado en su debido momento un elogio le sienta tan bien a la amistad como un reproche, si es que no le sienta mejor: puesto que el reproche es algo desagradable que no facilita la convivencia social, mientras que el elogio, cuando viene sugerido por una acción excelente y mana de un afecto sin sombra de envidia, nos ayuda más adelante a encajar el reproche sincero sin disgusto, y con un ánimo bien predisposto a cambiar y mejorar: pues reconocemos el mismo cariño en quien nos elogia con gusto que en quien nos hace un reproche cuando nos conviene y nos beneficia.

3

«Alguien podría afirmar, con algo de razón, que es complicado distinguir al adúlador del amigo, si es verdad

que no podemos recurrir al placer que nos proporcionan ni a los elogios que nos profieren para diferenciarlos. Pues hemos observado reiteradamente que a la hora de prestar un servicio o de hacernos un favor el adúlador se da más prisa que el verdadero amigo.» ¿Cómo podemos desembarazarnos y solventar este problema? Cometemos un grave error de partida cuando buscamos a los adúladores entre quienes se afanan en la tarea con la habilidad taimada del disimulo, pero nunca buscamos entre los pobres de espíritu ni entre los «cambistas», pues son estas habilidades medulares de los adúladores, a quienes les basta con un plato caliente y una copa de vino para entregarse con grosería y desvergüenza a su vulgar oficio. No hay ninguna necesidad de desmentir a Melantio, el parásito de Alejandro de Feras, cuando al ser interrogado sobre la muerte del rey este respondía con desvergüenza: «lo he atravesado haciéndole un agujero en el estómago», ni tampoco desmentiremos a todos los que bailan alrededor de una mesa bien abastecida, ni a quienes ni «con fuego, ni hierro ni armas de bronce es posible mantenerlos alejados de la comida»,⁷ ni tampoco a ninguna de las adúladoras de Chipre, a las que en Siria se las conocía con el sobrenombre de «peldaños» pues se arrojaban al suelo, ofreciéndose así al pie de las esposas de los reyes, para facilitarles el acceso a sus carruajes impulsándose sobre sus lomos.

4

¿Contra quién debemos defendernos entonces por encima de cualquier otro? Contra quien niega ser un adúlador y, ciertamente, no lo parece; a quien se resiste a las delicias de la mesa, a quien no se deja sorprender, ocioso, «midiendo la sombra para calcular la hora del almuerzo», ni al borracho, ni al que para escapar del trabajo se arroja al suelo simulando una caída. Mejor vigilar a quien pasa la mayor parte del tiempo sobrio y trabajando, a quien hace

méritos continuamente para que se le confíen asuntos importantes, a quien se afana por ganarse esa clase de confianza que permite acceder a las conversaciones secretas. En definitiva: mejor cuidarse de quien interpreta la amistad como un actor serio, y no tanto del sátiro ni del bufón. Ya lo advertía Platón: «el colmo de la injusticia es parecer justo sin serlo»,⁸ de manera que debemos protegernos mucho antes de la adulación que prospera bajo el disimulo, y no tanto de la que se exhibe a plena luz del día; no tanto de la que se expresa entre bromas, como la que va calando en frases que parecen serias. La adulación sutil es la que va erosionando la verdadera amistad, la que siembra la desconfianza, pues el riesgo de confundir a esta clase de adúladores con amigos leales es extremo. Conocemos el caso de Gorbias, que tras capturar a un mago que trataba de huir, entró abrazado a él a una habitación oscura donde le esperaba el rey Darío, que iba armado. Gorbias le ordenó a un dubitativo Darío que hundiese sin miedo la espada con la fuerza suficiente para atravesar los dos cuerpos a la vez. Nosotros, a menos que nos complazca el adagio: «que muera el amigo con el enemigo», debemos ser cuidadosos: son tantas las similitudes que guarda un adúlador con un amigo leal que corremos el riesgo de asfixiar algo beneficioso convencidos de estrangular a alguien que trata de perjudicarnos. Claro que también existe el riesgo contrario: pues quien actúa con un exceso de generosidad puede estar propiciando que prosperen personajes dañinos.

De la misma manera que limpiar bien un campo de semillas silvestres no es precisamente una tarea sencilla, pues al ser de un tamaño y una forma parecida al del trigo se confunden con el grano bueno, también la adulación, gracias a su habilidad para mezclarse y confundirse con cualquier emoción y sentimiento, con todas las costumbres y necesidades diarias, es complicadísima de separar y distinguir de la amistad.

5

En la medida que la amistad es la más agradable de las relaciones y no existe nada en el mundo que nos proporcione mayores satisfacciones, es comprensible que el adúlador, en su afán por esconderse y pasar desapercibido bajo ese manto, sea capaz, para resultar convincente, de proporcionarnos placer y distracciones. En la medida que tanto el placer como la buena predisposición a prestar ayuda son ingredientes indispensables de la amistad (y no iba desencaminado quien dijo que los amigos son tan necesarios como un buen fuego o beber agua), el adúlador, en su afán por mimetizarse con el amigo, se preocupe muchísimo por presentarse siempre ante nosotros en una disposición tan servicial, eficiente y optimista como le sea posible. En la medida que el ingrediente primordial de la amistad es la semejanza de gustos y de hábitos, que nos permite alegrarnos y también evitar las mismas cosas, el adúlador, como si fuese un material moldeable, trata de adaptarse a los gustos de su víctima, pues está convencido de que ese es el camino más seguro para fortalecer los vínculos con una persona: compartir los mismos sentimientos. El adúlador consigue alcanzar esta cercanía gracias a la observación y a la imitación de su víctima, y su flexibilidad es tan grande que de las copias que logra se podría también decir:

«No parece el hijo de Aquiles, sino el mismísimo Aquiles en persona».⁹

El lenguaje propio de la amistad es la franqueza, mientras que la insinceridad es siempre dañina pues mella la nobleza de la relación. La más perjudicial de las habilidades que esgrime todo adúlador es su capacidad para imitar la franqueza, de manera parecida a como los mejores cocineros se valen de jugos amargos y de especias fuertes para quitarle al sabor dulce su exceso de empalago; pues así también los adúladores son capaces de reproducir un si-

mulacro de franqueza muy convincente, pese a que si lo analizamos bien enseguida descubrimos que se trata de un trampantojo vacío, una especie de parpadeo que seduce al oyente con un leve cosquilleo. El adulator es tan difícil de reconocer como los animales que han sido dotados por la naturaleza con la capacidad de adoptar el color de los arbustos tras los que se esconden y del terreno sobre el que se mueven. Nuestro trabajo es desenmascarar a quien se oculta tras la imitación, señalando las diferencias con el modelo, pues como escribió Platón: «a falta de formas y colores propios estos seres se aprovechan de los ajenos».¹⁰

6

Así pues, no nos entretengamos más, y pasemos a examinar la cuestión desde su raíz. Antes ya señalé que para muchos hombres la amistad nace de las semejanzas de carácter y de costumbres, de manera que suelen alegrarse con las mismas ocupaciones y empresas, además de compartir los gustos. De aquí que se haya dicho:

«Para un anciano tiene el anciano la voz más dulce,
el niño para el niño, la mujer para la mujer,
el hombre enfermo para el enfermo, y quien cayó en
desgracia
es una ayuda para quien está a punto de caer en ella».¹¹

El adulator también ha descubierto por su cuenta y riesgo que si los amigos se alegran de las mismas cosas es porque las frecuentan y las estiman. Así que su estrategia consiste en acercarse a sus víctimas sobre la pasarela de estas costumbres e intereses, permanecer a su lado gracias a su cultivo, y finalmente estrechar la relación compartiéndolos, igual que se aproximan los animales unos a otros en el pasto.¹² Así los adultores frecuentan las mismas ocupaciones y distracciones que sus víctimas. Hasta que surge la

oportunidad de precipitarse contra la víctima, el adúlador se mantiene bien dócil, criticando las mismas costumbres, hábitos y ocupaciones que intuye o sabe que disgustan a su objetivo, mientras que las costumbres, hábitos y ocupaciones que le gustan las elogia de manera inmoderada, exagerando su admiración y su embeleso, tratando de demostrar a cada paso, día a día, que estas coincidencias de gusto surgen del ejercicio del juicio y que no están motivadas por un sentimiento perecedero.

7

Una vez dicho todo esto: ¿cómo podemos descubrir y poner en evidencia a quien simula un carácter parecido al nuestro, un carácter que es un engaño, que ni es el suyo ni lo ha adquirido? Lo más importante es constatar si su manera de pensar y su gusto son uniformes y continuos: si siempre se alegra y elogia las mismas cosas, si mantiene todo el tiempo el mismo ideal y el mismo modelo de conducta; pues esta continuidad y coherencia es lo propio de un hombre libre que ama a sus amigos y estima el trato con gente de su mismo temperamento: así son y se comportan los amigos. El adúlador, por el contrario, no cobija su carácter en una única casa, vive una vida que ha sido diseñada y escogida por otros y modula sus ideas en función de los intereses personales de su modelo: de manera que no puede ser estable ni uniforme sino variado y discontinuo. El adúlador está condenado a cambiar de forma como lo hace el agua según el recipiente donde se la aloje. Del búho orejudo se dice que es más sencillo atraparlo cuando intenta imitar al hombre con una serie de movimientos danzarines; el adúlador, por su parte, no trata de seducir a todas sus víctimas de la misma forma, sino que cuando trata de pegarse a una víctima sensible se aplica en bailar y cantar, y con otra más adusta se pelea y hace ejercicio físico. Y si pretende aproximarse a un aficionado al campo y a

la caza es perfectamente capaz de adentrarse con él en el bosque chillando las palabras de Fedra:

«Cómo me gusta, oh dioses, chillarle a los perros mientras doy caza a los moteados ciervos».¹³

Aunque después, ya a solas, no ponga el menor interés en el animal, concentrado como está en cazar a su propia víctima: el cazador. Si se aproxima a un estudioso, a un erudito, enseguida consigue rodearse de libros, y la barba le crece hasta los pies; para completar este disfraz no dudará en este caso ni un segundo en vestirse con un traje raído, ni tendrá el menor empacho en llenarse la boca con operaciones aritméticas y con los triángulos de Platón, cuestiones por las que nunca sintió antes el menor interés. Si se encuentra con un amigo rico disoluto, aficionado a la bebida, seguirá el consejo del verso:

«Odiseo el ingenioso se quitó entonces sus harapos»;¹⁴

no tardará en quitarse el manto raído, en afeitarse la barba como el que arranca del suelo una cosecha que no ha dado fruto. En su mente solo habrá sitio para los recipientes que mantienen fresco el vino, para las tazas, los paseos, las risitas, y el desprecio radical contra la filosofía y los eruditos. Justo como se cuenta que sucedió en Siracusa poco después de la llegada de Platón: una repentina fiebre por la filosofía se apoderó de Dionisio y se extendió entre el pueblo. Se convocó a un número tan ingobernable de geómetras que ocuparon todos los templos. Pero Platón fracasó en el intento de inculcarle un gusto auténtico y duradero por la filosofía a Dionisio,¹⁵ y este no tardó en abandonar la erudición y regresó a la bebida y a las mujeres, a la cháchara y al desenfreno, se olvidó de las letras y se abandonó a la necesidad, desprovisto ya de interés por nada que le exigiese el menor esfuerzo. Y su ejemplo se propagó por toda la ciudad como si todos sus habitantes hubiesen sido

transformados al mismo tiempo en víctimas de un poderoso hechizo de Circe.¹⁶

También los demagogos comparten estos rasgos con los aduladores. El mayor de todos ellos, Alcibíades,¹⁷ se comportaba en Atenas con elegancia y se dedicaba a la cría de caballos, y en cuanto llegaba a Lacedemonia se cortaba el pelo al rape, se vestía con harapos y solo se bañaba en agua helada; mientras que si uno se lo encontraba en Tracia podía jurar que aquel hombre solo se dedicaba a luchar y beber, y cuando entró en Tisafernes¹⁸ se entregó sin resistencia al libertinaje y a los lujos. En todas partes se comportaba como un demagogo: adaptándose a las costumbres y al estilo de vida de la mayoría, mientras prodigaba favores a los más poderosos, de los que después se beneficiaba. Ni Epaminondas ni Agesilao se comportaron nunca así. Estos hombres tuvieron trato con muchas ciudades y con estilos de vida de lo más variados y variopintos, pero allí dónde pasaban un tiempo conservaron siempre intacto su temperamento, su manera de vestir, su estilo de vida, su forma de hablar; en definitiva, vivieron su propia vida tal y como la entendían. El propio Platón se comportó en Siracusa igual que lo hubiese hecho en la Academia y trató a Dionisio de la misma manera que trataba a Dión.¹⁹

8

Las alteraciones y cambios en la manera de comportarse de los aduladores solo pueden descubrirse, como sucede con los movimientos de un pulpo, si advertimos el momento en el que reprueba y se distancia del estilo de vida que solía elogiar delante de nosotros, y se precipita con gusto hacia ocupaciones y maneras de pensar que antes despreciaba. Del adulador no puede decirse que sea un hombre seguro de sí mismo ni que tenga una personalidad definida, no ama ni odia ni se pone triste ni se emociona con su propia vida, es más bien un espejo donde se reflejan

las emociones, la existencia y las ocupaciones de los otros. El adulador se parece a esa clase de hombres que cuando advierte que delante de él no te cortas al criticar a un amigo enseguida sigue su ejemplo y se suma a tu juicio: «pues sí que te ha costado descubrir la clase de hombre que es este, a mí hace tiempo que me fastidia su compañía». Y si en otro momento, tras cambiar de opinión, pasas a elogiarlo, dirá que se alegra mucho de ese cambio de parecer; te lo agradecerá en nombre del amigo común en el que confía tanto como en sí mismo, y pondrá por testimonio de esta confianza al mismísimo Zeus. Y si un día le aseguras que estás decidido a cambiar tu manera de vivir, que estás pensando en abandonar el fragor político para retirarte a una vida más tranquila, entonces te responderá: «ciertamente, hace ya mucho tiempo que nos hubiese beneficiado alejarnos de este caldo de envidias y turbulencias en el que se ha convertido la vida ciudadana». Pero si te lanzas de nuevo a la vida activa y redoblas la intensidad de tu oratoria no tardarás en escucharle decir en voz alta: «qué dignas son de ti las cosas que dices y piensas, para un hombre de tu talla el retiro puede resultar deleitoso un tiempo, pero prolongarlo es condenarse a una vida gris e indigna, impropia». A esta clase de personas es imprescindible decirles enseguida para atajarlas:

«Extranjero, ahora me pareces distinto de como eras antes».²⁰

Al menos yo no necesito ni quiero un amigo que esté de acuerdo conmigo siempre y que me siga en todos mis cambios de opinión (nadie hará mejor ese trabajo de lo que ya lo hace mi sombra), sino un hombre que me ayude a decidir diciéndome de verdad lo que piensa sobre mi manera de ser y mi comportamiento.